

EL SOL Y LA MIEL

2º-3º

En lo alto del cielo el Padre Sol era feliz. Irradiaba y enviaba sus rayos a la Tierra y ésta le sonreía. Le sonreía el árbol en la pradera. Le sonreían también las vacas blancas y negras que pastaban cerca del árbol; y los niños que venían corriendo para jugar alrededor en los campos, sonreían y reían para él.

El Padre Sol tenía muchos amigos, pero había uno en especial que era una niña, la cual tenía por costumbre sentarse a la intemperie y hablarle, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo.

El Padre Sol le contaba historias de los cielos, de las nubes, del gran arco iris y de muchísimas cosas más. La pequeña niña le describía a su vez lo que ella conocía de la Tierra: de los cristales escondidos en las rocas, de los pequeñísimos arco-iris de las gotas del rocío, las estrellas que se esconden en el agua y la nieve, y de todo lo que el Sol no podía ver cuando se ocultaba.

Un día el Padre Sol hizo a la niña una pregunta:

-“¿Pequeña niña, dime por favor, cuales son aquellas flores rojas que empiezo a ver creciendo alrededor tuyo ahora en esta época del año?”

-“Aquéllas”, le contestó la niña pequeña, “aquéllas son rosas; son las flores más bellas y duraderas que existen, que, además de eso, emiten un maravilloso perfume”.

-“¡Oh!” suspiró el Padre Sol, “¿Sabes?, me gustaría poder oler una rosa”.

-“¿De verdad?” preguntó la niña

-“Pues si es así, voy a ver lo que puedo hacer”.

Entonces la niña preguntó a unos y a otros en el campo, hasta que al final se encontró con una de las pocas abejas que ya salía al campo en busca de alimento. A una de ellas le preguntó si ella y sus amigas podían llevar una rosa al Sol.

Esta abeja, sin saber todavía si iba a conseguirlo, se fue volando muy deprisa a la colmena donde se reunían sus compañeras y su reina. Pidió voluntarias para transportar nada menos que una rosa que por casualidad ya hubiera florecido y además, hubiera caído al suelo.

Salieron volando tantas abejas que sólo se podía ver una mancha negra moviéndose en el cielo. Esta mancha negra fue de un sitio a otro, hasta que de pronto se dirigió, como una flecha, hacia el suelo.

Había visto una hermosa rosa que en aquel momento el viento había doblado y tirado a la tierra. Como organizadas que son las abejitas, enseguida se colocaron en posición para, -no se sabe cómo-, pudieran aterrizar y mover aquella flor gigante para ellas.

Lo que la niña después vio es que, de repente la flor se movía y se elevaba al aire. Más tarde se dio cuenta de que esa rosa “volaba” por el aire y que se dirigía hacia ella.

Cuando la flor se había acercado lo suficiente a la niña, ésta extendió su mano y las abejas trabajadoras dejaron “aterrizar” a la rosa sobre su palma. La niña la contempló por un momento y enseguida la regó con agua para que se sintiera fresca y limpia.

Después se dirigió donde estaba el Padre Sol acompañada de la mancha de abejas y se la entregó con gran honor.

El Padre Sol, lo primero que hizo fue oler la rosa, pues su agradable perfume casi le hizo desmayarse. Cuando se separó de tan maravilla flor, lo único que quería era volver a olerla. Así estuvo mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que debía dar las gracias a la niña y a las abejas por su gran trabajo y cortesía. Entonces añadió:

-Como todas han viajado desde tan lejos para traerme esta maravillosa flor y porque amo tanto a la Tierra, les recompensaré con dos regalos”.

-“Mi primer regalo es esta Camisita Dorada y quiero que la lleve mi pequeña niña para que se la ponga cuando tenga frío.

El segundo regalo es esta Perla de Oro para todas las abejas. Os pido que la lleven a su colmena en primavera, la transformen y luego la regalen a las flores.”

Aunque ellas no entendieron bien aquella forma de regalo que después tenían que regalar a las flores, todas se inclinaron y dieron las gracias al Padre Sol.

Después las abejas tomaron la Perla de Oro y entre todas la transportaron hasta la colmena.

Allí estuvieron encerradas con la Perla días y días, hasta que esperaron a que todas las flores, -no sólo las rosas-, estuvieran abiertas exhalando su perfume por todos los campos.

Una vez ocurrido esto, abrieron la puerta de su colmena y salieron volando hacia todas partes llevando “algo oloroso” consigo que antes no tenían.

Cuando cada abejita se posaba en una flor abierta, el animalito dejaba un poquito de ese “algo oloroso” en sus cálices. Desde ese instante, todas emanaban un intenso olor que, a su vez, atraía a otros bichitos.

Estaban tan contentas que, no sólo dieron las gracias mil veces a las abejas, sino que como regalo por tan valioso presente, permitieron que las abejas pudieran chupar o libar su néctar, cosa que les agradó muchísimo, pues nunca habían comido tan delicioso manjar.

¡¡Qué estupenda sorpresa cuando los animalitos llegaron con ese placentero regalo a la colmena y allí lo transformaron en algo que se convertiría en su alimento cuando afuera en el campo ya no quedaran flores: era ese **néctar** que trabajado por las abejas, se volvería **miel**!!

Aportación de Carolina Suarez